

## **Una habitación a medio pintar**

**The Walrus (Seudónimo)**

¿Que qué se siente al ser el hijo de un asesino? Supongo que a cada ser humano le afecta de una manera. En lo que a mí respecta, el estigma jamás me abandona, es una mancha que me perseguirá de por vida, que ha empapado el envés de mi piel haciendo mella en mi ánimo hasta reducirlo a la mínima expresión. En esta vida hay partos trabajosos, al igual que ciertas muertes. Entrar y salir de este mundo a veces representa una ardua tarea; sin embargo, la víctima de mi padre apenas fue consciente del tránsito. Una punzada en el vientre y un leve mohín de sorpresa precedieron al desvanecimiento. Por supuesto no pretendo quitarle hierro al inicuo acto de mi progenitor, tan sólo pretendo analizar el suceso desde un ángulo distinto. Somos seres culturales, nos adoctrinan desde niños, abrazamos ideologías sobre cuya tierra jamás hemos escarbado y nos inician, a temprana edad, en el espinoso arte de posicionarnos frente a cualquier tema o problema esgrimiendo un punto de vista subjetivo, enfocándolo desde la posición en la que el referido conflicto nos afecta; circunstancia por la que encontramos miradas divergentes sobre una misma cuestión. Nos adiestran para que pasemos nuestra existencia mirando sin llegar a ver; nos manipulan para que observemos la parte del vaso que más les conviene. Me gustaría conocer el nombre del canalla que le puso una máscara a la verdad, que sentenció que daba lo mismo amar a un santo que a un sátrapa, que semejante aberración tan sólo dependía del interés. ¿Que por qué digo esto? Es fácil de entender. Si el crimen cometido por mi padre lo hubiera perpetrado un desconocido, mi criterio sería diferente, ya que en mi somera evaluación no intervendría el cariño. Pero... ¿cómo desligar el amor como parte fundamental del análisis? Hay asuntos que

no pueden enjuiciarse de manera cerebral. No se puede fragmentar a un ser humano y luego decidir con frialdad qué partes son benefactoras y cuáles, por el contrario, poseen un talante maligno. Cualquier persona equivale a un todo en cuyo interior conviven lo bueno y lo malo. Entremezclados, inseparables, sin saber dónde comienza el uno y termina el otro. Sirva como ejemplo, para ilustrar mi alegato, uno de los personajes más odiados de la Historia. Hitler contó con el afecto de buena parte del pueblo alemán, con el respaldo del ejército germano, con el amor incondicional de Eva Brown y con el cariño de Blondi, una hembra de pastor alemán que no necesitó distinguir entre el bien y el mal para profesar devoción por el monstruo. Si un engendro como Hitler llegó a tener el apoyo y el aprecio de tanta gente, ¿acaso debía yo abominar de mi padre por haber dado el pobre un sanguinario traspie? En su descargo diré que fue un títere manejado por el exceso de alcohol y la rabia alimentada por la impotencia de días aciagos. No había maldad en su interior, podía leerse con claridad en sus ojos, no fue más que un buen hombre cometiendo un acto atroz. Estoy convencido de que el remordimiento lo deshabitó de sentimientos dejando su interior huero. Al menos eso creí atisbar en la cerrazón que cubría su mirada y le obligaba a agachar la cabeza durante mis visitas a la prisión de Valdemoro.

No amamos a seres perfectos, de ser así ni siquiera nos querríamos a nosotros mismos, razón por la que acostumbramos a ser condescendientes con los defectos de aquellos a quienes estimamos. Mi padre, en lo que dura un parpadeo, mató a quien más quería, y yo he hecho lo mismo. Él jamás se perdonó, seguramente yo haré lo propio.

Se podría decir que mi padre estaba hecho de debilidades. Desde niño tuvo una fuerza de voluntad anémica, al contrario que su afición por los pequeños vicios, que siempre gozó de un vigor envidiable. Él era un mero satélite orbitando alrededor de ciertas conductas licenciosas socialmente aceptadas en la España de los años setenta. Comenzó

su afición por el vino peleón a los doce años de edad, cuando ejercía de sacristán. Tenía el vino de consagrar a su disposición y empezó a darle pequeños buchitos de vez en cuando con la cristiana intención de que don Crispulo no advirtiera la merma. Obviamente, el propósito de dicha acción era que en la sacristía hubiera un solo tipo de hostia. En aquella época mi padre solía confesarse con periodicidad semanal, por aquello de poder comulgar cada domingo y recibir el cuerpo de Cristo en un organismo cuya alma estuviera en estado óptimo de limpieza. A menudo mi padre se inventaba pecados veniales con los que satisfacer el ansia absolutoria de don Crispulo, quien por norma exigía una ablución espiritual impecable.

—...y de pensamiento, hijo mío; ¿has pecado de pensamiento?

—No sabría decirle, padre.

—Algún pensamiento impuro habrás tenido, ¿no es cierto?

Mi padre sentía admiración por el sacerdote, lo consideraba un hombre íntegro, tal vez por eso mi progenitor interpretó como olor a santidad el tufo rancio de la sotana, los efluvios a incienso de los miércoles de ceniza y el aroma eclesiástico de la cera quemada. Cada cual reza a su dios y por todos es sabido que la deidad más venerada es el dinero. Me atrevería a decir que si Dios viviera en Arganzuela y necesitara una cuenta bancaria donde recibir el abono de los royalties correspondientes por la luz que inventó, por descontado la abriría en Suiza; porque en este sacro país, donde la corrupción ya huele a revenido, lamentablemente no se salva ni Dios. Mi padre nunca se arrodilló ante semejante divinidad y en justa correspondencia jamás gozó de sus favores.

—Nunca supe ganar dinero ni conjugar el verbo ahorrar —me confesó en una de las visitas mensuales que le hice en la cárcel—. Tampoco me obsesioné con ello. Si llevaba el dinero justo para alimentar mis vicios, mandaba al cuerno las preocupaciones. Superamos muchos baches gracias a tu madre. No he conocido mujer más hacendosa ni

mejor administradora. Y encima era tan guapa... Fui un gañán con estrella, ella no tuvo tanta suerte. —Su mirada se quebró, cayó en picado tras el cristal del locutorio.

—He encontrado trabajo. —Sabía que dicha novedad le levantaría el ánimo.

—Si apenas hace un par de meses que terminaste la carrera... ¡Me alegro mucho, hijo! Dime, ¿es un buen bufete? ¿Te han contratado de pasante?

—La verdad es que... —Mi pausa dramática provocó que frunciera el ceño—. Trabajo en un Mercadona. Es algo eventual, ya sabes, hasta que encuentre algo de lo mío. De alguna manera hay que pagar las facturas.

—Claro, hijo —soltó limando su desencanto con una débil sonrisa—. Me alegra que tengas los pies en el suelo.

Mi padre afirmaba que en los vicios hay que perseverar. Aseveraba que el primer buchito de whisky sabe a chinches; la primera calada de un cigarro provoca tos o nauseas; el primer beso... Bueno, haremos una excepción con el primer beso, decía, para rematar declarando que durante la juventud el sexo no demanda tenacidad, es una rampa por la que apetece deslizarse. A partir de cierta edad, aseguraba, la rampa se convierte en una pendiente. De todos los excesos que a la larga pueden derivar en una dependencia física y psicológica, mi padre sentía debilidad por el alcohol. Se embelesaba mirando una botella llena, como si calculara el número de tragos que habrían de hidratar su gástrico. En épocas de carestía el hielo representaba la única parte asequible; sin embargo, mi madre seguía practicando una suerte de economía creativa para facilitar que mi padre se fuera a la cama después de hacerle el amor a un par de whiskies en vez de cenar un buen filete de ternera. Mi padre me contó que de adolescente, una vez intimó con el vino, el siguiente paso fue comprarse un paquete de Celtas cortos y esgrimir ademanes de perdonavidas. No era chulesco su sello, ni por asomo le dio por envalentonarse con los chavales apocados del barrio. Apenas

representaba una impostura, una pose con la que atraer la atención de alguna chavala en cuyos labios poder saciar la sed que imprime el deseo a los dieciséis años. Al final el tabaco y la fanfarronería fueron lo de menos, ya que a mi padre le sentó bien estrenar el traje de adolescente, vestimenta que le confirió trazas de galán. Conoció a mi madre en las entretelas de la movida madrileña, en el Penta, rebautizado con posterioridad como *El Bar de la Chica de Ayer*, un local sito en Malasaña. A mi madre era fácil hechizarla cantándole, bajito y al oído, canciones de Nacha Pop, y mi padre se sabía de memoria el repertorio. Qué bien pintaba el futuro a los veintitantos años, los labios uncidos, el amor en la rampa de despegue y un cubata de ron en la mano. Sospecho que el destino se reía a sus espaldas a sabiendas de que a la postre les daría una buena bofetada. Si la muerte fuera benévola y nos concediese el don de revivir pequeñas porciones de lo vivido, sin duda mi padre regresaría a El Penta, a las noches de pasión, música y alcohol en las que la felicidad parecía tener allí su morada. Por mi parte, yo retornaría a la infancia, a la mirada inocente de aquellos días en los que la maldad no cabía en mis bolsillos. Me miro en el espejo convexo de la memoria y atisbo en el azogue la figura desvaída de un niño feliz. Mis padres se amaban con locura —me amaban con locura—, y no recuerdo carencia alguna, ni siquiera tengo presente los fríos y secos inviernos de Madrid.

A mi padre le encantaba leer poesía, sobre todo de poetas muertos o derrotados en la Guerra Civil. Iba con su espíritu. Cuando las musas de JB le complacían, garabateaba en un cuaderno versos de su puño y letra con los que obsequiaba a mi madre, quien solía descolgar los hombros con tal de fingir abatimiento por las dudosas rimas.

—¿De veras crees que rimar teta con meta puede considerarse poesía? —preguntaba ella con el esbozo de una sonrisa asomada al balcón de los labios.

—Tus pechos se merecían un poema.

Yo crecí cabalgando a lomos de mi padre, conquisté mundos montado a horcajadas sobre su espalda. Ojalá pudiera olvidarlo... Ojalá no lo olvide jamás.

Durante mi último año en la universidad advertí que la convivencia entre mis padres se hallaba bastante deteriorada. Hacía más de dos años que mi padre no encontraba trabajo y las discusiones con mi madre se habían convertido en un asunto cotidiano; aun así, no le concedí importancia a la cruda realidad y especulé con que las costuras de su amor se mantenían indemnes, que el limo que deja el paso del tiempo no había conseguido enmohecer los lienzos de su lecho, que aunque la pobreza hubiera entrado por la puerta de aquella casa, ésta no tenía ventanas por donde pudiera saltar el amor. Cómo podía yo imaginar que mi madre se marcharía una mañana sin proferir un mísero adiós, exhalando un lacónico suspiro a modo de despedida.

Cada vez que visitaba a mi padre en presidio le llevaba un cartón de tabaco y un poemario comprado en una librería de segunda mano, pues era consciente de que la poesía le prestaba auxilio, le permitía soñar con el infinito que se extendía más allá de los barrotes. El humo y las lágrimas enturbian los versos de los poetas que nacen malditos y mueren santos. Pasábamos el rato conversando sobre trivialidades y cuando le preguntaba acerca de sus rutinas carcelarias él solía espantar la cuestión con el aleteo de una mano, redirigiendo la charla por otros derroteros. Al cabo de tres años, tras cumplir una cuarta parte de su condena, se le concedió el primer permiso penitenciario de fin de semana. Lo llevé a casa y para cenar le preparé un revuelto de setas y gambas, cociné un par de chuletones de vaca vieja que regamos con un Matarromera crianza y coronamos la velada con unas torrijas de leche. Supe que el menú al completo sería de su agrado. Mi padre agradeció mi esmero no dejando ni migas en el plato.

—Ha sido la mejor cena de toda mi vida —dijo tras un periodo de silencio, aplastando en el cenicero la colilla humeante de un pitillo—. Parecía la última comida de un condenado.

—De dos condenados —apostillé.

—Durante muchos años me gané la vida como pintor de brocha gorda. Al final me he convertido en una metáfora de mi oficio. Soy una habitación que se ha quedado a medio pintar.

Agachó la cabeza y asintió, su semblante se transfiguró. Recompuso al momento la expresión de su rostro y se dirigió a mí con la estoica serenidad de la que suelen hacer gala quienes ya han aceptado su destino.

—Estoy preparado —dijo, en sus ojos sólo había calma.

Me levanté despacio, tomé el cuchillo de la carne y bordeé la mesa hasta situarme a su espalda. Mi padre colaboró, echó la cabeza hacia atrás para dejar el cuello expedito.

—Te quiero mucho, hijo. —Fueron sus últimas palabras.

—Yo también te quiero, papá.

Yo amaba profundamente a mi padre. Del mismo modo, con la misma fuerza y la misma rabia, odiaba a muerte al asesino de mi madre.

Pedí que me encerraran en su celda para poder dormir en su cama, meterme en sus zapatos, respirar el mismo aire viciado. He de decir, complacido, que atendieron mi demanda. En prisión todos los días se parecen, resulta fácil perder la noción del tiempo. En busca de distracciones con las que sortear las horas, últimamente me he aficionado a la poesía. A leerla, por supuesto, no a escribirla; lo contrario sería una osadía. Al parecer he heredado el espíritu práctico de mi madre. ¿Quieren pruebas? A la edad en que yo decidí estudiar Derecho, mi padre sólo soñaba con ser poeta.